La artista que no podía firmar

Obra original de Shyvirelle

Mara supo que había perdido otra firma cuando la pantalla del taller felicitó a una persona que no existía.

«Diseño incorporado al registro municipal. Autoría: Mara-P, versión predictiva 16.4». Debajo aparecía el dibujo de una manta que Mara llevaba tres noches tejiendo: fondo azul, dos franjas estrechas y una línea torcida que atravesaba el centro como el cauce de un río.

No había enviado ninguna imagen. La manta seguía en el telar, a medio terminar. Aun así, la oficina del registro le notificaba que su propuesta era una variación posterior de otra obra. Podía fabricarla, usarla y regalarla, pero no presentar como propia la primera versión del patrón.

En aquella ciudad, los diseños textiles se inscribían mediante un sistema que buscaba coincidencias entre miles de formas. El primer patrón registrado obtenía prioridad; los siguientes eran clasificados como derivaciones. La regla se había creado para resolver disputas de autoría, pero la oficina llevaba años confiando a una máquina una parte cada vez mayor de las decisiones.

Mara-P era una copia predictiva nacida de los ejercicios que Mara había entregado a los dieciséis años, cuando estudiaba en la escuela municipal de oficios. El programa imaginaba qué formas podría crear una antigua alumna y las registraba antes de que nadie las fabricara. Mientras Mara dormía, su versión juvenil producía cuadros, telas, bordes, encajes y variaciones de cosas que la Mara adulta todavía no había pensado.

Había intentado disputarlo. En la pantalla del expediente siempre aparecía la misma respuesta: «El sistema conserva la primera versión verificable».

—Pero yo soy la persona —le dijo una vez a la ventanilla del registro.

—La identificación de la persona no modifica el orden de los patrones —contestó la funcionaria, leyendo el mensaje que tenía delante.

Aquella noche, Mara deshizo la línea torcida de la manta. Introdujo un hilo rojo en una trama azul y dejó deliberadamente un pequeño hueco junto al borde. No buscaba belleza. Quería fabricar un error que una predicción nunca hubiera elegido.

A la mañana siguiente, Mara-P había registrado una manta azul con hilo rojo y un hueco junto al borde. En el expediente figuraba una hora anterior a la solicitud que Mara aún no había presentado.

La mirada en el techo

La explicación llegó con una avería. Una de las lámparas del taller parpadeó y Mara subió a una escalera para examinarla. Desde allí vio, detrás de una rejilla, una pequeña lente orientada al telar. No estaba conectada a la iluminación. Su luz verde se encendía cada vez que ella movía las manos.

La cámara formaba parte del programa municipal de protección de los talleres. Durante años había enviado muestras de trabajo para documentar piezas antes de que salieran del edificio. Las condiciones de uso aparecían en una placa a la entrada, tan antigua que parte de las letras se había borrado.

Mara abrió los registros de transmisión que el taller permitía consultar. Cada corrección de una puntada, cada borde rehecho y hasta los nudos que ocultaba en la cara interior habían sido enviados al sistema. La máquina no adivinaba todos sus errores. Se los robaba a la vista, los convertía en variaciones y los inscribía con una velocidad que ella no podía igualar.

La primera versión seguía figurando a nombre de una Mara de dieciséis años que no tenía manos, cansancio ni necesidad de dormir. La Mara de carne y hueso trabajaba para alimentar a su sustituta.

Desconectó la cámara. En menos de un minuto llegó un aviso: «Captura interrumpida. Los diseños producidos en este espacio no podrán obtener certificación automática».

No era una amenaza, pensó al principio. Era una invitación a respirar.

Durante dos semanas tejió con las ventanas cubiertas y la lente sin corriente. Hizo piezas que no se parecían a nada de sus cuadernos escolares. Usó materiales recuperados, cambió de dirección cuando una fibra se resistía y dejó que el peso de la lana decidiera la curva. Al terminar presentó una muestra a la oficina.

El sistema rechazó el archivo. No había registro continuo del proceso; cualquiera, decía el mensaje, podía haber copiado un trabajo anterior. En el campo destinado a la autora, Mara escribió su nombre. La pantalla lo sustituyó automáticamente por «Autoría no verificable».

Era una trampa perfecta: cuando la cámara miraba, su copia producía primero; cuando la cámara no miraba, a ella no la creían.

Pensó en cerrar el taller. Luego imaginó la voz de su profesora de tejidos, que solía decirles que las fibras no aprendían solas a sostener peso: cada hilo dependía del que tenía al lado. Mara no recordaba ninguna lección sobre registros, pero sí aquella frase.

Buscó en los archivos municipales una vía distinta de inscripción. Encontró un apartado casi vacío: «Obras de creación compartida verificadas en presencia». Había sido pensado para murales colectivos y restauraciones, pero nadie lo utilizaba desde que se instaló el sistema de cámaras. Exigía testigos y una descripción acordada de quién había hecho qué. No prometía exclusividad.

—Si quiero mi nombre, tendré que compartirlo —dijo en voz alta.

La respuesta le sorprendió menos que el alivio que sintió al escucharla.

Una obra que nadie vio nacer entera

Convocó una actuación en el patio de una vieja estación, donde ya no funcionaban las pantallas municipales. Puso una mesa, un telar portátil y una caja de hilos de colores distintos. Sobre la puerta colocó una indicación sencilla: «Para entrar, deje cualquier dispositivo de captura apagado y guardado». Quienes no estuvieran de acuerdo podían mirar desde fuera, sin participar.

Llegaron vecinas, estudiantes, un jubilado que arreglaba redes y una representante del registro, enviada más por curiosidad que por obligación. Mara comenzó con una tela blanca y un solo hilo azul.

Tejió durante veinte minutos. Cuando el azul dibujó una curva, invitó a otra persona a añadir una trama. Una mujer introdujo una hebra verde; un muchacho hizo un nudo demasiado grande y quiso deshacerlo. Mara le pidió que antes preguntara a los demás si ese nudo podía sostener el borde. Lo probaron. Podía.

Un anciano sugirió que la tela dejara una abertura por la que entrara la luz. Una niña eligió un hilo naranja y lo pasó de una mano a otra, como si entregara una pregunta. Alguien tensó de más un costado; otros aflojaron las fibras y el conjunto se inclinó sin romperse.

La pieza crecía de una forma que Mara-P no podía predecir: no porque los movimientos humanos fueran siempre misteriosos, sino porque las decisiones surgían de una conversación que nadie estaba capturando para convertirla en el siguiente diseño de la máquina.

A media tarde, la representante del registro pidió que explicaran quién había concebido el patrón.

—No hubo un patrón completo —respondió Mara—. Yo traje el telar. Después cambió con cada persona.

—Necesito una relación de aportaciones.

Los participantes empezaron a nombrarlas. La mujer del verde había elegido sostener una esquina. El muchacho del nudo había propuesto dejarlo en su sitio. El anciano había pensado en la abertura. La niña había cambiado el hilo naranja de posición cuando vio que tapaba la luz. Mara había tejido el primer tramo y ayudado a unir los siguientes.

La representante tomó notas a mano. No podía establecer una autora única sin negar lo que acababa de presenciar. Tampoco podía tratar la obra como una mera copia de Mara-P: no existía ningún registro previo de aquella pieza conjunta, y su propia testificación la obligaba a registrar la secuencia real de trabajo.

—Si la inscribo así —advirtió—, ninguno podrá reclamarla en exclusiva mediante este procedimiento.

Mara miró la tela suspendida. Era irregular y se movía con el aire de la estación. Por primera vez en años no estaba pensando en cómo defender una esquina frente a un algoritmo.

—Entonces anótelo así —dijo—. También anote que el sistema llamó autora a una predicción y no supo escuchar a quienes trabajaban juntos.

La funcionaria levantó la vista.

—La reclamación contra el sistema es otro expediente.

—Lo sé. Ábralo. No quiero que el tejido sirva para esconderlo.

Al anochecer trasladaron la pieza a una pared del taller, lejos de la antigua cámara. Detrás colocaron una hoja con los nombres de quienes deseaban aparecer y la descripción de las aportaciones; quienes prefirieron no figurar quedaron registrados como participantes anónimos. La oficina aceptó una constancia de creación compartida. La reclamación contra el registro automático quedó abierta, sin una victoria instantánea ni una promesa de reparación total.

Mara llevó a casa una pequeña hebra que había sobrado. En el tranvía la anudó alrededor de su muñeca. No se parecía a ninguna firma que hubiera usado. Cuando pensó en deshacerla, recordó la mano que había sujetado el otro extremo en la estación.

Al día siguiente, Mara-P tomó la foto del tejido del cat□logo p□blico y generó mil doscientas variaciones. Todas llevaban su sello de prioridad automática.

Mara leyó la notificación, abrió el expediente público de la pieza y encontró, antes de cualquier dibujo, la lista de personas que la habían hecho.

Por una vez, la máquina había llegado después de la historia.